

Entre febrero de 2005 y febrero de 2008, David Huerta escribió en el suplemento de libros *Hoja por Hoja* la columna Correo del Otro Mundo. A contrapelo de lo que buscaba esa publicación mensual, sus colaboraciones supieron eludir la fugacidad propia de las novedades editoriales para ocuparse de obras y autores atemporales: se reúnen aquí las treinta y pico entregas breves, alegres, a menudo sorprendentes, siempre entusiastas, pues el que las escribe es sobre todo un lector deseoso de que otros lo acompañen en su deslumbramiento bibliográfico. En un afán de exhaustividad, se han agregado en este volumen las otras colaboraciones de Huerta en *Hoja por Hoja*: reseñas, ensayos, su texto para la columna a varias manos Libro Albedrío.

La Universidad Autónoma de la Ciudad de México, la Editorial Universitaria de la Universidad de Guadalajara, la Universidad Autónoma de Nuevo León y Grano de Sal celebran así la concesión del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances 2019 al autor de estos correos ultramundanos.

Prólogo

FELIPE VÁZQUEZ

El placer de la lectura es un placer intelectual de los sentidos —lo digo porque las emociones están mediadas más por el intelecto que por la psique o por el cuerpo—; no obstante, en cierto punto, se resuelve en el puro placer intelectual de establecer redes de sentido en un horizonte textual: la llanura verbal se incorpora, se cierra sobre sí misma y articula un orbe autoabastecido que siempre está en proceso de enriquecimiento en su devenir a través de otras llanuras y otras redes textuales. Y una de las formas diversas de esta red consiste en descubrir un diálogo entre libros, que es una de las mayores felicidades en la vida de un lector.

En los ensayos de *Correo del otro mundo*, David Huerta nos invita y nos convida a participar en un diálogo de libros. Retoma el título —lo refiere desde el primer ensayo— de un libro de Diego de Torres Villarroel, un intelectual de estupendas picardías cuya prosa flexible y agresiva aún hoy leemos con delicia.

Lo primero que resalta en los textos de Huerta es la vitalidad con la que habla de literatura, de libros, de autores: logra transmitirnos la vida de los libros a partir del espejo verbal que ellos establecen entre sí. Leer *Correo del otro mundo* nos permite asomarnos a un entramado donde los textos se interrogan y se responden a través de diversas lenguas, corrientes estéticas y concepciones del mundo.

Lo siguiente es su lenguaje de sobremesa —atributo que Borges veía en el *Quijote* y que le parecía una de sus mayores cualidades—; en efecto, Huerta nos introduce al diálogo de los libros mediante un lenguaje conversado —sospecho que aprendido en parte de Antonio Alatorre— y lúdico, preciso y con guiños de humor en no pocos pasajes. Aunque habla a veces de libros eruditos, no recurre a las terminologías que los académicos emplean casi siempre de manera carnavalesca; y si tiene que emplear términos específicos de una disciplina, los despliega de modo que ayuden a establecer el sentido recto y traslaticio de un texto, de un pasaje, de un verso.

Otra característica de este diálogo entre libros al que Huerta nos invita consiste en que lee a ras de texto: la lectura como una comprensión de la estructura semántica, sintáctica, fónica y plástica del tejido verbal, y no la lectura concebida como una búsqueda de lo que “el autor quiso decir” ni de eso más errático aún que se condensa en la frase “supongo que el texto dice...” (casi todo lector supone “un más allá” en lo que lee). Para Huerta, la interpretación viene después de la comprensión y, aun así, la lectura no debe rebasar los límites de la interpretación del texto. La deriva interpretativa, propuesta por los deconstruccionistas por ejemplo, es ajena a los hábitos lectores del autor de *Incurable*.

La curiosidad intelectual de Huerta es no sólo literaria y libresca. En esta red de correspondencias entre textos —que incluso pueden estar muy distantes en el tiempo y el tema—, aborda el cine, la filosofía, el cómic, las tensiones líricas y vitales de los escritores áureos, la historiografía, el teatro y sus actores, la retórica, la pintura, los problemas de edición de textos antiguos, la música y los músicos, la amistad de los poetas, la astronomía y la ciencia ficción, la mitografía

de los poetas (algunas de las páginas más divertidas son las que abordan la grandeza y la miseria de la república lirófora de México), etcétera. El autor de *La mancha en el espejo* es un poeta que, desde la libertad que da el ensayo, nos comparte una vida que no es sólo la del lector curioso y acucioso sino la de un hombre atraído por todas las cosas del mundo. Quizá no es gratuito que en el primer ensayo aborde la *Vida* de Torres Villarroel, un personaje protoenciclopédico cuya vida fue su literatura y cuya literatura fue su vida.

La lección de Huerta en *El vaso de tiempo* (2017), su anterior libro de ensayos, en los ensayos de este libro y en sus clases de literatura[†] consiste en este principio: leer a ras de texto nos inicia en el placer de la lectura, pues dicha forma de leer nos conduce a percibir al mismo tiempo la articulación armónica, extraña y familiar de una cadena sintáctica; y en segundo lugar nos permite descubrir que esa concatenación singular de sonido, imagen y sentido pulsa cuerdas profundas de la conciencia. En esto radica la experiencia vital de la literatura. Y *Correo del otro mundo* nos transmite esta lección que, en efecto, implica un diálogo con “las grandes almas que en el mundo han sido”: el otro mundo.

[†] Además de *El vaso de tiempo* y de los ensayos de este libro, me refiero a muchos otros —pienso ahora en “Acerca de la octava real”, publicado en *Tres formas: romance, octava real y verso libre* (2005), y en “Hacia Erdera” publicado en *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica* (agosto de 2005)—; y respecto de sus clases, hablo en particular de su seminario Cervantes y el Conocimiento Literario, que, desde hace tres lustros, dirige en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, donde tuve la fortuna de participar durante los primeros años.

El último pícaro

El propósito de Diego de Torres Villarroel (1693-1770) al componer su *Vida* (1743) —una de las autobiografías más divertidas, intensas y coloridas de las letras hispánicas— no consistía en honrar la verdad íntima con la ilustración de una deriva mundana, sino en redondear por escrito, con total desenfado, su existencia apicarada. Torres Villarroel no quiso monumentalizarse sino perfeccionar un mito: el suyo. Desterrado en Portugal, apunta Julio Torri en su breviarío *La literatura española* (FCE), don Diego —llamado *Gran Piscátor de Salamanca*—, autor de almanaques y pronósticos en verso, maestro en Salamanca y el más grande e incondicional admirador que jamás tuvo Francisco de Quevedo, fue “sucesivamente criado de ermitaño, curandero-bailarín en Coimbra y soldado en Oporto”.

No era ningún fray Luis de León sino un trotamundos insaciable, lleno de manías. Ególatra que se complacía en el autoescarnio, escritor de un feroz y robusto individualismo, excéntrico, extravagante, enciclopédico.

A lo largo de su libro, hace un autorretrato con tintas implacables; predominan en él los rasgos caricaturales y un formidable gusto por las palabras; hay allí popularismo, *wit* a raudales, melancolía de intelectual aldeano: “La nariz es el solecismo más reprehensible que tengo en mi rostro, porque es muy caudalosa y abierta de faldones: remata sobre la mandíbula superior en figura de corozza, apagahumos de

iglesia, rabadilla de pavo o cubilete de titiritero” (Trozo Tercero de la *Vida*).

Por la *Vida*, sabemos que las clases salmantinas de Torres Villarroel eran ruidosas y hasta violentas: en el Cuarto Trozo cuenta que cierto alumno treintón le soltó “un equívoco sucio” y él, en menos que tarda uno en decirlo, le tiró “a los hocicos” un compás de bronce de tres o cuatro libras.

Hay varias ediciones modernas de la *Vida*: en la colección Austral, de Taurus; en Castalia y en los Clásicos Castellanos de Espasa-Calpe. Ernesto Mejía Sánchez escogió la extraordinaria Introducción para una antología universitaria que recoge pasajes selectos de prosa española en los siglos XVIII y XIX. He aquí otros títulos de Torres Villarroel: *Los desahuciados del mundo y de la gloria*, *Correo del otro mundo* (al que esta columna, con su nombre, rinde homenaje explícito) y *Sacudimiento de mentecatos*.

Número 93,
febrero de 2005

Una fuente rulfiana

La palabra alemana que significa “investigación de fuentes literarias” es llamativa: *Quellenforschung*. Ese tipo de trabajos tuvieron una crisis de madurez: se les opusieron quienes opinaban que buscar huellas o influencias en los textos literarios menoscabaría la originalidad de las obras. Hurgar en las lecturas de los escritores no conduciría a nada bueno: ¿qué tal si el genio Fulanetas se había “fusilado” un texto de Menganetas, o un escritor no había dado a luz, minervinamente, su libro máximo, sino que había bebido en veneros inconfesables? Por eso para algunos entraña un escándalo la existencia de libros como la legendaria tesis doctoral (nunca publicada) de James Irby, profesor en Princeton, acerca de la influencia de William Faulkner en un puñado de narradores latinoamericanos, entre ellos Juan Rulfo. Éste era un insaciable lector de libros de relatos. En 1947 o un poco después debió leer la novela *Derboranza*, de un escritor suizo poco conocido llamado Charles Ferdinand Ramuz (1878-1947), quien alguna vez colaboró con Igor Stravinski en el libreto de la *Historia de un soldado*. *Derboranza* es una de las fuentes de *Pedro Páramo*.

La novela de C. F. Ramuz apareció originalmente en 1936 —el mismo año que el faulkneriano *Absalón, Absalón*— y la editorial española Juventud la puso en circulación en 1947; ésa fue la edición que Rulfo conoció, tuvo en sus manos y leyó, acaso con fruición, desentrañando similitudes,

descifrando siluetas de fantasmas. En su prólogo a la *Obra completa* de Rulfo (Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977), Jorge Ruffinelli señala las raíces folclóricas de ambas historias, la de la novela suiza y de la mexicana, y añade el nombre del irlandés J. M. Synge en este cuadro de escritores con raíces o inspiraciones folclóricas o folclorizantes: un mexicano —jalisciense por más señas—, un suizo de las montañas alpinas y un irlandés de la “verde Erín”.

He aquí minúsculos pasajes de *Derboranza* para que el curioso lector los compare con la novela rulfiana: “están vivos y no están en la vida: están aún en la tierra y no son de la tierra [...] No hacen ningún ruido; son como el humo, como una nubecilla; cambian de sitio como quieren”. Son los Aparecidos, los prodigiosos muertos que, parafraseando el poema de Bécquer, se han recatado, heridos, en la sombra.

Número 94,
marzo de 2005